

SOL PARA TODOS

Todas las mañanas me salen al paso. Aun cuando sea muy temprano, ya están ellos correteando por la calle. Antes lo hacían por la acera donde queda su casa y la mía; ahora lo hacen por la del frente.

Los pobres andan tras el calorcito del sol.

Una mañana les pregunté por qué habían cambiado de campo.

—Allí hace frío contestaron.

—Quiere decirme, dijo el pequeño, metiendo sus manecillas en las bolsas del sucio pantaloncito, ¿por qué antes hacía sol en la acera de mi casa y ahora no? Se ha venido a esta otra, ¿verdad, Lola?

—Sí, sí, exclamó la harapienta con su balbuceo de pajarillo; y ahora mi hermanito, mírelo usted, no tiene sol.

Antes sí y no tenía frío en las mañanas.

En efecto, en el umbral de la pequeña puerta estaba arrodajado el niño que aun no anda, con su carita pálida tan parecida a la de aquellos dos arrapiezos. Quieto, con una quietud increíble en un niño, miraba a sus hermanitos.

¡Pobres chiquillos! Nadie se cuida de ellos. Algunas veces los encuentro revolcándose en el polvo; otras chapoteando en el agua del caño, si no es que llevan su barbaridad a hacer gárgaras con ella.

Cuando los sorprendo en esta horrible tarea, les grito, y ellos asustados, huyen. Ya de largo me sacan la puntilla de su lengua maliciosa y me hacen burla.

Siento una gran ternura al recordar las dos sucias figurillas.

El, con su aire de hombre que se da, echándose atrás la pequeña gorra y metiendo las manos en las bolsas del pantaloncillo. Claudica el pequeño, pero como toda su personita está llena de malicia, el movimiento que el defecto le imprime al caminar no despierta lástima. Se pregunta uno, ¿lo hará de intento?

La cara de la chiquilla es muy parecida a la de su hermano. Grande, pálida, con palidez de anemia, los ojos pequeños, hundidos, brillando como cuentas negras, y el cabello enmarañado cayendo alrededor del rostro. Tiene el vientrecillo hinchado; así el sucio y oscuro vestido que es el único que le conozco, le queda más corto adelante.

Esta mañana salió la madre a llamarlos.

— ¡Malditos muchachos, me tienen aburrida. Ya me la pagarán demonios, ya. Quita, maldito perro, —continuó, mientras daba un puntapié a un pobre perrillo flaco y triste, —me *tenés* aburrida!

Los chicos y el perro se amontonaron a la entrada, confundidos en las mismas imprecaciones. El padre venía por la acera tambaléandose. Su cara gruesa, de facciones duras, estaba contraída por una sonrisa estúpida. Al pasar cerca de mí sentí el tufo del alcohol.

Yo vi temblar las dos pequeñas figuras. Sus ojitos miraron angustiados al hombre y luego a la madre.

Me alejé llena de pena.

Ya lejos volví la cabeza.

Habían vuelto a la acera asoleada. Era un triste grupo: los dos niños, recostados a la pared, quietos; y a sus pies la pobre y flaca figura de su perrillo.

El sol dejaba caer sobre ellos su oro, con tanta alegría como lo había visto derramarse sobre un ramo de rosas que amaneció abierto en mi jardín.

1911



73